



Mariana Núñez Vargas

Cuentos de niña y otros relatos



Fondo Editorial Ipasme

Comandante Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Nicolás Maduro

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Maryann Hanson

Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme

Lic. Silfredo Zambrano

Presidente

Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas

Vicepresidenta

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams

Secretario

Fondo Editorial Ipasme

Diógenes Carrillo

Presidente



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME



Mariana Núñez Vargas

Cuentos de niña y otros relatos



Fondo Editorial Ipasme

Cuentos de niña y otros relatos
Mariana Núñez Vargas

Depósito Legal: **lf65120128003341**
ISBN: **978-980-401-153-5**

Diseño gráfico y montaje: **Yaraiví Alcedo**
Producción: **Luis Durán**

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina
(Av. Victoria) Urbanización Las Acacias
Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.
Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela
Apartado Postal: 1040
Teléfonos: +58 (212) 633 53 30
Fax: +58 (212) 632 97 65

Presentación FEI

Para el Fondo Editorial del IPASME (Instituto de Previsión y Asistencia Social del Ministerio del Poder Popular para la Educación), es verdaderamente grato presentar estos cuentos y relatos, escritos en el recuerdo a una cotidianidad muy particular – la cotidianidad de una familia revolucionaria – y a raíz y en la memoria de la muerte de un revolucionario a carta cabal, como fue José Rafael Núñez Tenorio, destacado maestro y dirigente universitaria, activo y consecuente militante de la revolución y hombre del Partido Comunista desde siempre.

La autora de estos **Cuentos de niña y otros Relatos** es Mariana Núñez Vargas, hija precisamente de José Rafael Núñez Tenorio y de Chela Vargas, también consumada universitaria, militante revolucionaria y consecuente comunista desde finales de los años cincuenta. Mariana tiene en su A.D.N el amor filial y social, la justicia y la

revolución. Ese torrente de compromiso consigo misma y con los demás, lo trae Mariana desde más allá de sus padres, José Rafael y Chela, pues también están sus tíos y tías entre quienes es muy fácil recordar a Héctor – el Macho Vargas Medina - , Humberto, Rafael y Sol, pero son más.

Estos **Cuentos de niña y otros relatos**, recogen textos elaborados por Mariana a partir de mediados de 1999, cuando la angustia de la muerte y de la desaparición de su padre – tan próxima tantas veces en los años sesenta y setenta – comenzó a aguijonearle en sus recuerdos. Son nueve los cuentos de niña - ella, Mariana – y dos los relatos. El conjunto evidencia fuerza en la escritura, coherencia y un hilo conductor que sin querer queriendo, obliga al lector a no soltar estos cuentos y relatos sino cuando está en **La despedida**. Y efectivamente, los recuerdos que Mariana Núñez Vargas tiene de su niñez, en la que la cotidianidad de una familia revolucionaria le permiten recordar mucho de los grandes y heroicos sucesos que llenaron a la prensa y a la opinión pública venezolana en los años de la lucha armada, son los

que alimentan estos relatos y en ellos, estuvieron sus padres hasta los tuétanos. Son conmovedores estos relatos, y precisamente por su carga de memoria de un tiempo fundamental en la historia venezolana, el Fondo Editorial del Ipasme los ha incluido en su reconocida serie *Contra el Olvido*.

Los editores

Dedicatoria

*A mis bebés Lucía, Samuel y Simón,
con amor infinito...
Mostrándoles de donde vienen!
A mi padre querido,
ausente pero siempre presente,
en cada gesto y camino andado...
A mi hermano José, a Abrilita, a mi madre y
a la familia grande...,
recordando lo vivido y lo compartido,
y para ti, Frankarlo, compañero eterno,
estas pequeñas letras transformadas en cuentos.*



Prefacio

Las luchas revolucionarias acaecidas en Venezuela en los años sesenta marcaron la vida de quienes asumieron el compromiso de participar en ellas. Pero con ello arrastraban consigo a todo su entorno familiar. Los padres, los hermanos, las esposas y los hijos de esos combatientes tuvieron que soportar las vicisitudes que ello implicaba. Mariana hija de dos militantes del Partido Comunista vivió, desde muy pequeña, las persecuciones, las conchas, las cárceles, las angustias por la suerte de sus seres queridos y, en oportunidades, la separación de sus padres, quedando al cuidado de sus tíos y abuelos, particularmente de la tía Sol.

Esas vivencias, Mariana, las narra en estos cuentos, viéndolas, desde la visión de la mujer de hoy recordando a la niña de entonces, de una manera amena que permite una fácil lectura de las dificultades de ayer en aquellos regímenes supuestamente “democráticos” del Pacto de Punto Fijo que llevaron tanto dolor a los hogares de los combatientes revolucionarios, luchadores sociales y de gente sencilla del pueblo en las protestas y manifestaciones populares, con

toda aquella carga represiva que se tradujo en cárcel, destierro, torturas, muerte y desapariciones.

El tío Héctor, militar revolucionario, detenido en su cuartel y expulsado del país por órdenes del Presidente de la República Rómulo Betancourt. El tío César, preso, torturado y luego de varios años de cárcel desterrado. Las prisiones de su padre y las situaciones difíciles que tuvieron que soportar para encontrarlo vivo y poderlo ver en cárceles militares. Los allanamientos a la Casa Grande y la firmeza de la abuela. Son los cuentos que narra Mariana para reflejar la historia y las luchas de esos años convulsos de la década del sesenta.

Humberto Vargas Medina

Algunas palabras

Estos pequeños relatos empezaron a escribirse seis meses después de la muerte de mi padre ocurrida en octubre de 1998, en honor a él y para drenar el dolor de no tenerlo. Son un presente de retazo de historia construido de recuerdos de infancia,... para mis hijos y mi familia grande. También para los amigos e hijos de... que vivieron situaciones similares. Para no olvidar...

Guardados hasta ahora, por intentos fallidos para publicarlos, desde el 2002, mis tíos Cesar, Humberto y Sol, quienes los leyeron en ese momento y me dieron sus nutridas opiniones, me animan de nuevo y hacen posible su edición. Agradeciendo también a todos aquellos, especialmente amigos, que me apoyaron y alentaron a seguir adelante y hacer realidad este sueño.

M.N.



Cuentos de niña¹

Estos cuentos fueron escritos en honor a mi padre, José Rafael Núñez T., en los años 1999-2002, después de su muerte el 13 de octubre de 1998.

Ángela, no vino a trabajar... Un dolor de cabeza leve impide concentrarme. Sopor y pereza envuelven la atmósfera. Casi no vino nadie hoy... y hace un calor insoportable... Como que va a llover. ¡Ojalá llueva!... Las aducciones de la isla, el plano lleno de tuberías se mezclan en la cabeza... Abro libros de teatro y repaso la escena, a ver si distrae... A las seis hay ensayo, en el Taller Experimental de Teatro... No funciona, bueno... Intento escribir la historia... e irrumpe el recuerdo...

SMOLEN y el papelito

Martes, trece de octubre de 1964, como a las cuatro de la tarde... Un carrito pequeño beige marca Volkswagen, traqueteando un poco, rodaba por la principal de Los Ilustres y cruzaba a la derecha, subiendo rápido por la Nueva Granada,... el parque de diversiones aún no existía... El estudiante de medicina quería llegar a toda costa, a la casa grande...

La vistieron muy linda, con sus dos colitas, zapatos blancos de charol y dos lacitos amarillos que colgaban de las trenzas, haciendo juego con el vestido... salió corriendo, estampándole un beso en la mejilla, la alzó en sus brazos. Tenía tanto tiempo que no la veía... La situación era fea, el caso del secuestro del gringo tenía la ciudad patas p´arriba!.

Nos montamos en el carro a dar una vuelta, la tía Mora se antojó de acompañar a la niña... Era una tarde soleada y apacible, que provocaba quedarse y deleitarse en el paseo Los Próceres. Muchos niños patinaban y jugaban con papagayos de colores. Era una tarde para divertirse, celebrando mi repentina aparición... Cuesta arriba el Volkswagen fielmente se detenía frente a un edificio

de La Candelaria, desconocido para ellas. Giré mi rostro hacia la ventanilla opuesta, antes de bajarme:

-Mora, espérame un momento, dentro del carro con la niña, subo a buscar una información acerca de Aldo que hace varios días que no sé de él.

Desde el interior del vehículo, observaron su silueta alargada y alta mientras se alejaba y dirigía hacia la entrada del edificio viejo, en una callecita estrecha en pleno centro de la ciudad.

El apartamento estaba lleno, todos sentados en el piso, con cara de asustados algunos, los demás contando uno que otro chiste. Lo buscó con la mirada y logró verlo al final de la sala. Una humareda de cigarrillos se expandía por todo el ambiente. El humo la hizo toser.

-No hay niños...—, y ese hecho, pasó fugazmente por su cabecita. Un poco temerosa, la niña. Una gorda inmensa estaba sentada del otro lado de la mesa del comedor, aprisionada en una esquina, comiendo galletitas de mantequilla para eliminar la ansiedad, se las atiborraba en la boca, masticando una tras otra sin parar, los dedos engrasados se los chupaba sin misericordia. Limpiándose los luego, en un borde de la falda grande y roja que tenía puesta. El tipo pequeño de fusil de cañón largo, atrapado en la mano, caminaba de un lado a otro coaccionando con sus movimientos sin permitir que nadie se moviera de su puesto. Subía

y bajaba el arma, que era más grande que él y parecía que se le podía caer de un momento a otro.

Le dieron muchísimas ganas de orinar y un escalofrío empezó a recorrerle el cuerpo... Era la fiebre que empezaba a fastidiar justo en ese momento. Contenía la vejiga aterrada, para no importunar.

-¿Se podrá orinar? — se preguntó. No aguantó. Y un hilillo muy delgado le empapó las pantaletitas amarillas que le hacían juego con el vestido.

A una señal del pequeñín, apareció una silueta robusta y grande, con un revólver de cañón corto, que se le desaparecía en la mano y la asustó!...

-¡Aquí no queremos niños meones!. Luisa, a ver que haces con esa chiquita, que orinó la sala- importunó el grandulón.

La tía Mora, no podía moverse y a la niña la pasaron por debajo de la mesa para llevarla al baño. No había otro camino. La gorda se tragaba media sala. Con sus ojitos despiertos, la niña miró hacia donde estaba él, para saber...

-Sí— le asintió con la cabeza—. Está bien.

El tenía las manos sujetas a la espalda, al igual que su amigo Aldo y otros cuatro... y los pies amarrados con

trozos de mecate, como los demás. Algunos sudaban la gota gorda. Hacía mucho calor. La tía Mora quiso decir algo sobre la niña. La mandaron a callar...

Me hablaron con voz melosa acerca de ponerme unos pañales limpios...

-Como si yo usara pañales-, pensé en mis adentros y me enfurecí-. No, no uso pañales —respondí secamente-. Y tampoco teteros. No soy un bebé, tengo cinco años y tampoco tengo hambre.

La mujer morena, como de unos cuarenta años, medio desdentada, insistió.

-Ni modo, a callar...-. La mujer, me puso los pañales a regañadientes y me estampó un tetero en la boca.

-Vamos, vamos a chupar— ripostó la mujer.

Sabía a diantres, era más agua que leche y de pote, para completar... De nuevo me encontraba debajo de la mesa, cruzando hacia la sala, pero esta vez un pedo merodeaba las profundidades de sus patas.

-Tal vez de la gorda...- pensé. Por las galletas...

La niña lo miró largamente, con cariño y tristeza... Él le hizo señas, moviendo la cabeza y mirándola fijamente, para que se acercara. Disimuladamente, caminó en su dirección y se le sentó en las piernas, sonriendo.

Quedamente, al oído él le susurró:

-El papelito. Sácame un papelito, con mucho cuidado, de mi bolsillo. Información muy importante, de vida o muerte, ya sabes... guárdalo bien.

Ella sabía, recordó las pesadillas. El arresto y la muerte de Plutarco, el camarada, el amigo de la casa, el que contaba historias y tenía risa franca. El papá de Narito, el niño tremendo que metió a Heriberto, el conejo blanco, con el culo hacia abajo, en un frasco de botella, mientras pataleaba desesperado... hasta que ella lo salvó...

Con sigilo, se volteó hacia él, dándole un beso en la mejilla de despedida, mientras metía sus manitas en el bolsillo de la camisa de cuadros verdes y azules y extraía rápidamente el papelito... lo apretó muy fuerte....

En una calle enrevesada, del Silencio, de esas que huelen a fritangas y a periódicos sucios, de esas que han sido pisadas por miles ese día y tienen las aceras rotas y el pavimento cuarteado, las soltaron... a las cuatro de la mañana.

Hacía frío. La niña ardía en fiebre, tomaron un taxi hacia la casa grande. La abuela, la madre y la tía Sol las esperaban muy angustiadas...

La chiquita aún despierta, se acercó a la abuela y le extendió su manita. Allí estaba, arrugadito... apretado..., con la lista clandestina, ya borrosa... ¡El papelito!, el que tenía olor a Tacarigua, olor al tío...

30 de abril de 1999

LA ISLA y el segundo papelito...

En aquellos días, la prensa estaba impregnada de noticias espeluznantes que mostraban lo que ocurría en Venezuela y el quehacer del régimen “democrático”: “(...) Venezuela presencia el despreciable espectáculo de varias torturas en nombre del orden y la democracia (...). Las tropelías del Gang han sido denunciadas en diversas oportunidades; autores del asesinato del dirigente obrero José Gregorio Rodríguez, a quien lanzaron desde un cuarto piso, después de martirizarlo salvajemente; así como, al estudiante de sociología Soto Rojas, lanzado cruelmente desde un helicóptero; (...) El fusilamiento del campesino Barrios y de once presos políticos en las montañas del Bachiller.” (El Clarín, octubre 1964).

El diario La Extra publicaba: “La madre teme por la vida del estudiante de medicina desaparecido hace ocho días. Mi hijo ¿dónde está? El Ministro del Interior, Gonzalo Barrios, negó que el detenido se encontrara secuestrado (...). El Fiscal General de la República se ha negado a informar sobre los presos torturados (...). La Comisión Parlamentaria investiga situación de los estudiantes desaparecidos, posiblemente sometidos a torturas...”. Y en el periódico ¿Qué pasa Venezuela?: “Continúa sin apa-

recer el estudiante de Medicina detenido que vomitaba sangre por las torturas (...). Banda de la Digepol acomete salvaje acto represivo..."

En el trayecto del Palacio de Miraflores al Edificio Las Brisas, de la Dirección General de Policía, en los Chaguaramos, Benjamín Pérez hizo memoria y le entró un sustito por dentro, lo acontecido recién le movió un poco el piso, tenía que velar su puesto de chofer de la Dirección..., tenía una familia que mantener. Sin embargo, este sentimiento lo ocupó sólo unos segundos pues, otra vez retornó a su memoria, paso por paso, el hecho sucedido y realmente sintió que no corría ningún riesgo, nadie se dió cuenta... Además, era cuestión de solidaridad, el hijo de Mercedes, era pana del barrio...y con los panas, hasta la muerte.

Cada palmo de Caracas y de los pueblos cercanos, había sido recorrido, llevándolo amordazado y esposado,... una tortura más,... para causarle zozobra y ansiedad, como cuando sentimos que no llegamos a puerto seguro. Tardó en reconocerlo, estaba demasiado amoratado. Su cuerpo parecía una goma de caucho negra. Le impresionó, pero como chofer de la Dirección, no era la primera vez, estaba acostumbrado a mantener la boca cerrada.

En una de esas paradas, para ir al baño y comer algo, entre Valencia y Caracas, quedaron solos... El estudiante de Medicina le hizo señas y le pidió el favor:

-Benjamín,... llévale este papelito a la vieja, para que esté tranquila. Por favor, para que sepa que estoy vivo...

Duró pocos minutos el recuerdo, pues ahora el claxon de una corneta y el chirrido de las ruedas, lo trajo automáticamente de vuelta. Una frenada en seco, lo salvó de chocar contra el autobús que se le abalanzaba en ese instante. Menos mal que todavía tenía buenos reflejos.

Recordó el papel en su bolsillo... Ahí, estaba seguro...

Esta noche al finalizar la jornada y regresar al barrio del Prado de María, habría realizado una buena acción, como buen cristiano!, pensó en sus adentros, el gordo Benjamín.

Nos levantamos muy temprano, para el viaje desde Caracas, acomodamos muy bien los refrigerios y la comida que compartiríamos con los nuestros. La abuela Mercedes preparó su plato preferido, una buena muda y algunas menudencias... Ella, quedaba en casa, la reuma le impedía viajar para visitar al hijo... La tía Sol sacó del armario para vestirme unos pantalones cortos de color azul oscuro y una franela blanca, me sentí como si estuviera de uniforme de escuela, salvo que no tenía la falda con los tirantes. La tía salió al garaje a encender el carro y calentarlo, mientras terminábamos de alistar las cosas. La abuela doblaba cuidadosamente la ropa limpia del tío y la colocaba en la maleta azul, ya gastada...

Antes de partir, me mandaron de vuelta a buscar un suéter, por si nos agarraba la noche de regreso. La abuelita, desde el portón de la entrada de la casa grande, nos despidió moviendo las manos... y su mirada nos acompañó hasta que el carro cruzó en la esquina y se perdió de vista. El fiel Volkswagen hizo el trayecto de dos horas hasta llegar al pueblo lagunero de Yuma.

El resplandor del sol me quemaba los ojos y no podía distinguir el horizonte. Éramos un montón de comunes dispuestos en una chalana, que se disponía a atracar en el muelle de la Isla. Las dimensiones de la plataforma plana y calurosa que transportaba gente, son confusas... Tal vez construidas para 50 personas paradas, en un viaje de 45 minutos, atravesando la laguna..., si mal no recuerdo. El agua estaba en calma, no soplaba brisa y la chalana dejaba una estela larga fácil de seguir...

Al llegar al muelle bajamos, uno a uno, en orden y nos colocaron en una fila larga, interminable, bajo el sol incllemente. Niños y mujeres, ancianos y hombres. Todos cargados de pertenencias, regalos... y ansiosos de traspasar la puerta de entrada de la amurallada isla.

De momento, jugaba con un pedazo de palo haciendo figuras en el suelo arenoso y árido, para pasar el tiempo. Tardamos como una hora, hasta llegar a la zona techada de la requisa. Al abuelo lo pasaron a un lado, y a mí y a las tías, con las mujeres, por otro. Abrieron las viandas, metieron sus dedos sucios y hediondos de pólvora, ultra-

jando la comida de la abuela... Y la ropa planchada, almidonada, que había sido acomodada amorosamente en la maleta, fue sacudida y revuelta... A las tías, Sol y Mora, se las llevaron a un saloncito con una mujer uniformada y las manosearon por todos lados. Me asusté un poco, pero rápidamente un soldado armado, me empujó hacia la salida, al igual que a los otros niños... Al traspasar la reja, fuimos trasladados a un corralón inmenso techado de zinc donde el calor implacable no dejaba de molestar... Sin embargo, al fin pudimos sentarnos en algunas sillas de plástico, que estaban recostadas a todo lo largo de las paredes del amplio recinto y esperar pacientemente su llegada.

Fueron entrando cada uno, con sus caras sonrientes, buscando ansiosamente con la mirada a los suyos... Al encontrarse, apresurados, los familiares se abrazaban... Las madres se agolpaban para atrapar lánguidamente a los hijos con la mirada y verificar que se encontraban bien...

Luego, iban saliendo todos juntos del pabellón, hacia el patio, donde afortunadamente había muchos árboles que daban sombra. Las familias se iban esparciendo y adueñándose del espacio... El día de visita se iniciaba, como todos los domingos... y a lo lejos, se oía el sonido de un cuatro...

Finalmente, apareció... Me quede mirándolo... y me paralicé. No lo reconocía. Estaba sumamente flaco y barbudo. También de otro color, como ennegrecido, quemado por el sol... Su mirada serena y afectuosa nos arropó a todos.

Mi abuelo, las tías corrieron a abrazarlo. Todos hablaban sin parar. El los miraba y sonreía... sin decir nada. El abuelo, no cabía en sí, de gozo... de verlo, de tocarlo, de saberlo vivo.

...¡Y ese fue el día que supe que estaba en la Isla del Burro, la isla de Tacarigua, de donde se había fugado nadando "Petróleo Crudo"!...

21 de junio de 2001

El niño Jesús no viene del cielo y...

La casa grande de Vista Alegre era hermosa e imponente, de arquitectura de la vieja Caracas, con su fachada blanquísima, un gran portón antiguo de madera en la entrada y en el segundo piso, un balcón, que mira hacia la calle siete, hecho de samán con sus brazos bien torneados... Tenía enormes ventanales que bordeaban la fachada. Un hermoso jardín de grama... y los rosales de la abuela sembrados en las jardineras de los laterales, cuyas lajas de piedra gris, eran igual al pequeño muro que rodeaba la casa y marcaba diferencia con el resto...

Y cómo no acordarme de su distribución interior, que sorprende en sueños, trayéndome infinitas vivencias... Al traspasar el portón de roble se encontraba la sala con sus majestuosos muebles coloniales de madera negra y cuero teñido. El comedor con su ceibot de roble y la gran mesa de diez puestos, pues, eran diez hijos los de Mercedes y Juan Bautista, el abuelo. Frente a éste, del lado izquierdo, estaba la cocina.

Luego, un pasillo estrecho y la puerta de metal pintada de blanco que daba al patio de cemento y a la jaula enorme con patas rojas, de dos metros de alto, llena de pájaros de

la abuela: turpiales, canarios, arrendajos, reinitas, periquitos españoles, un tucán, un pico de plata y una guacharaca que trajo el tío Ramiro Segundo, de la montaña adentro. La jaula la habían construido alrededor de un árbol del patio, cuyas ramas sobresalían por encima del techo y de las rejas pintadas de amarillo. Un alto muro, con astillas de vidrio de botella sobre su corona, protegía la casa y la separaba del patio del vecino.

Adentro, del lado derecho de la planta baja, había un pasillo que comunicaba al cuarto de la abuela y a un baño interno. Subiendo las escaleras, de peldaños de granito pulido y pasamanos de madera, empezaba la planta alta de la casa con tres dormitorios: el principal con su baño y uno afuera, para los cuartos restantes. Yo dormía, a veces, entre mudanza y mudanza de mis padres, con la tía Sol, en el cuarto del balcón de samán que daba hacia la calle...

Al fondo, a la derecha, avanzando por un pasillo, se llegaba a la parte más retirada de la casa, que terminaba también en un largo balcón mirando hacia el patio de los pájaros...

La abuela zurcía calcetines blancos sentada en la mecedora que estaba cerca de la ventana y le permitía mirar, de vez en cuando, a los transeúntes, que se dirigían a sus casas después del trabajo. Aunque la séptima transversal era una calle sumamente tranquila, llena de acacias y mangos que proporcionaban sombra. Sólo perturbaba el silencio, a las seis de la tarde, la campanilla y la cancioncita mágica

del heladero que atraía a todos los niños del vecindario, como el flautista de Hamelín, incluyéndome... Aún, hoy, tiene el mismo efecto y me regresa, tiempo atrás, cada vez que la escucho...

Casi iban a ser las seis, jugábamos la vecinita de al lado y yo con las muñecas cerca de la ventana y del portón. Para luego salir corriendo a comprar los helados de barquilla de mantecado y de fresa, con chocolate. Nos divertíamos en grande.

Mi madre, estaba terminando de arreglar el nacimiento, porque en la familia era tradición, adornar la casa y festejar la Navidad preparando el nacimiento del Niño Jesús y el arbolito, además de los diversos adornos con motivos navideños que se disponían por toda la casa. Hacía varios días que ayudábamos a mi mamá a armarlo junto con la abuela y Carmen, la señora de servicio. Le hicimos una fuente de agua y un riachuelo... La carta del Niño Jesús estaba hecha desde hace semanas y me apresuré a colocarla junto al pesebre aún vacío... Carmen ya se había marchado pues era tarde y debía tomar el autobús...

Tocaron brutalmente la puerta... Aún retumba en los oídos: TUM TUM TUM!. La abuela no estaba en su mecedora, se había levantado para ir al baño apoyándose en su bastón... Dejé de jugar y fui a abrir el portón. ¡La sorpresa fue mayúscula!. Los fusiles de cañón recortado, ¡me asustaron!... En segundos, me di cuenta y la volví a cerrar, empujándola duro, sin darles chance... TUM TUM TUM... de nuevo.

- No abras, no abras..., ¡están armados!—, le dije a Beatriz, quedo al oído. Pero mi amiguita, sin hacerme caso, salió corriendo, cual alma que lleva el diablo y la abrió de par en par, dejando la casa atrás...

Indefensa... me quedé inmóvil con las muñecas, en el suelo... Ellos, vestidos de uniformes verdes y enormes botas negras, entraron estrepitosamente. Ocupando completamente el recinto por delante y por detrás... sin dejar escapatoria a nadie...

Se oyeron pasos apresurados... y la abuela que entra en el salón, infundiendo respeto y con su porte majestuoso se dirigió a ellos, increpándoles, con voz recia, su presencia en nuestra casa. Habló... les dijo cosas... Interrogaron... Preguntaban insistentemente por mi madre.

De lejos, me hizo señas disimuladamente para que permaneciera callada... Entendí, y seguí oyendo y viendo todo, cual esponja agazapada en la esquina de la sala. A mi madre, también la interrogaron... Ella dijo, llamarse Carmen la señora que limpia y hace el oficio...

Revolvieron toda la casa, registraron los cuartos...vaciaron las gavetas, tiraron la ropa..., sin dejar de vociferar y hacer preguntas... De vez en cuando la miraban de reojo, inquisidoramente, para asustarla...

Como si no fuera con ella, mi madre, continuaba haciendo la limpieza para desorientar...

Hurgaban como ratas, la cocina, el ceibó, los baños, desordenando todas las habitaciones... Saquearon... Se llevaron libros de la biblioteca, y del tío Héctor, así como, la espada recubierta en oro y plata, que tanto me gustaba y pendía de la pared del cuarto principal...

Los seguí, por detrás, al lado de la abuela, avanzando por los pasillos... Uno de ellos, me agarró duro por un brazo y de manera amenazadora, emitiendo gruñidos, me interrogó señalando a mi madre:

-¿Quién es ella?... ¿Quién es? ¿Tu mamá? ¡Responde, niña! — increpó el tipo.

-La señora de servicio, Carmencita! ... la tata, ya le dije— insistí—. Se oyó el chirrido del portón y llegaron el abuelo y la tía Mora, angustiados ante la intrusión... Los infames se ofuscaron y salieron disparados hacia la puerta... En eso, mi madre logró escabullirse y desapareció...

Me tranquilizó la abuela. Fuertemente tomé su mano y no la solté más... Mientras, ella se desplazaba con su bastón hacia donde estaban los monstruos verdes y el abuelo... Luego, supe más tarde que mi madre brincó el muro altísimo del patio de atrás, el de las botellas de vidrio en la cresta, rompiéndose la camisa y magullándose la espalda,... sin hablar del feroz perro del vecino, del cual escapó! Y sin parar, corrió calle abajo hasta la cuarta, “enconchándose” en la casa de los amigos Rodríguez.

Poco a poco, fueron llegando los demás hijos: Juan, Ramón, Roberto, Darío, la prima América... Y a los que corrían peligro, por la clandestinidad, les avisaron que no viniesen. Habían allanado la casa grande!, debían permanecer lejos de allí... Esto, incluyó a mi padre... a quien su hermano Felipe fue a avisarle a la casa donde se "enconchaba" ..., la de la otra Mercedes, la de Ramón... que del susto!... se le adelantó el parto y parió a mi primo "el chiqui"... Así, que esa noche de Navidad la pasé sin padres y aproveché el zaperoco para quedarme despierta.

En eso, a la tía Mora la montaron en el carro policial y presa... la interrogaban por su hermana y el abuelo iba con ella... La abuela le habló con fuerza:

-Mora, tú eres una Medina, ino hables! ..., te mueres, pero...no hables!...

Se fueron... y mi abuela y yo les gritamos... lo que nos salió del alma!. Hasta que el carro se desapareció de nuestra vista...

Como a las doce de la noche, de ese veinticuatro, apareció la tía Sol cargada de regalos para ponerlos debajo del arbolito. Sin embargo, tres hermosas cajas de colores conservó en sus manos y sigilosamente subió las escaleras para depositarlas, con mucho cuidado, debajo de la cama del cuarto del balcón de samán... Sin que se dieran cuenta me apresuré a entrar y me les quedé mirando... Por el

papel celofán, desde el interior de las cajas, asomaban sus caritas tres lindas muñecas...

-Las tres hermanas: la rubia, la morena y la pelirroja. ¡Sheila, Susana y Silvia, con todos sus atuendos! —, suspiró la niña de seis años... ¡Otra sorpresa!. Esta vez, con nombre de desilusión... -¡El niño Jesús no viene del cielo y... tiene cara de Sol!...—, dijo con tristeza la muchachita de bucles negros...

26 de julio de 2001

Tío Héctor

El joven Mayor como de costumbre se dirigió a cumplir su faena como Jefe del Cuartel Urdaneta de Motoblinado. Años antes, había sido nombrado en ese cargo por su intachable conducta y destacada labor, a lo largo de su carrera, como oficial de las fuerzas armadas venezolanas. El joven militar era respetado y querido por sus compañeros y por los soldados de tropa del regimiento a su cargo. Corría el año de 1965 y eran tiempos de protestas y represión popular. El pueblo manifestaba su descontento frente a la situación abusiva hacia los presos políticos, la violencia en la calle, la censura a la prensa...

A primera hora de la mañana, los soldados se encontraban listos para formar filas a la orden del Mayor. Las cornetas tocaron tropa y la voz del joven militar se escucha recia:

-¡Regim...presenten arrrrmas!....

Al mismo tiempo se oye el golpe seco de los fusiles y la tonada del himno nacional. Un telegrama presuroso interrumpe el procedimiento y el Mayor se dispone a partir, dejando a cargo al suboficial de turno.

A la salida del Cuartel, el encargado del Cuerpo de Inteligencia –CIFA- lo introduce violentamente en el carro que lo llevaría, sin ninguna explicación, al aeropuerto. La orden presidencial era: expulsarlo del país en 24 horas. Indignado, y sin entender lo que sucedía, no tuvo más remedio que acatar la orden. No le permitieron llamar a su esposa, hijos... y fue despojado de las insignias de su uniforme militar.

En el recinto del aeropuerto, fue revisado e interrogado escrupulosamente. Por supuesto, su silencio molestó a los gendarmes. Se le acusa de rebelión..., de estar tramando un golpe militar.

-Nada más lejos de la realidad— pensó Hector.

Un sudor frío recorre sus sienes y ansias de vómito dictamina su cerebro. Sin poder moverse, ni actuar, paralizado frente al opresor... su mente se ha deslizado tiempo atrás... Recuerda las cárceles y torturas a sus hermanos. Augusto, que casi pierde la vista por los cables de electricidad que le colocaron en las sienes.... El conocido rinfiloso en el cual Darío tuvo que permanecer parado, hasta que en los pies quedaba hendido el filo de metal y corría la sangre... Casi todos se desmayaban del dolor. Sin embargo, solo el silencio mantenía el coraje para aguantar lo que fuese... A Chera, afortunadamente no pudieron encontrarla y se salvó de que la hicieran presa.

-Gracias a Dios-, suspiró.

Las torturas a las mujeres eran atroces...

El grito maldiciente del policía lo trajo de vuelta..., y repitió frente a la pregunta:

-No sé de que se me acusa. Solo soy un oficial que cumple con su deber. No estoy al tanto de ninguna rebelión. Y reiteraba su silencio... El carácter recio del Mayor y sus profundas convicciones, le permitieron lograr una actitud calmada e imperturbable.

Recordó, hace algunos días, las manifestaciones que ocurrieron en protesta por la muerte del estudiante. El fue llamado a sacar su regimiento y a reprimir a los manifestantes, disparando si era preciso. Por primera vez, no acató la orden. Iba en contra de sus principios y de lo que para él significaba defender y proteger a la patria. No iba a arremeter contra su propio pueblo. Eso no tenía sentido. Más bien, ese día, ordenó a sus soldados que llenaran los camiones de alimentos, de la Guarnición, para repartirlos y proveer a uno de los barrios más necesitados y ague-rridos de la ciudad, "el 23 de enero".

Se le acusaba también de pregonar ideales comunistas, contrarios al régimen, al igual que su familia.

Sometido y amordazado, lo montaron en el avión y allí, el tipo de inteligencia le entregó su pasaporte. Pero, al abrirlo se dio cuenta que no era él. Con su rostro y vestido de civil aparecía un tal Carlos Vegas, soltero.

-Una vez más, el gobierno de turno, de nuestra patética democracia, se vale de artimañas deshonestas para deshacerse de aquel o aquello que no defienda sus "intereses" -, murmuró.

Por supuesto, que al bajarse en el aeropuerto la policía lo hizo preso por llevar un pasaporte falso. Sin embargo, tuvo la fortuna de haber sido trasladado a Panamá...; sino, quien sabe cual hubiese sido su suerte.

El embajador venezolano, un coronel retirado, era un gran amigo de la familia y lo respetaba por su intachable conducta. Los militares panameños le permitieron hacer una única llamada. Inmediatamente el embajador se trasladó a la Jefatura y atestiguó a su favor, reconociéndolo. Luego, logró llevarlo consigo a la embajada bajo su protección y custodia. El Coronel se hizo cargo. Habló con las autoridades venezolanas y exigió se aclarase la situación para el Mayor, un oficial correcto de elevada conciencia moral.

Al final continuó el viaje, con su verdadera identidad y con su familia, a Costa Rica. Sin embargo, nunca más pudo ascender al rango superior de Mayor y transcurrieron para él y su familia diez largos años de exilio.

Febrero 2002

1962: El preso

El preso quería leer. Recostado sobre la litera trataba de devorar el libro que le habían pasado, doblado, entre la ropa. Lo pudo recibir en sus manos, gracias al guardia aliado, ganado a sudores y charlas aleccionadoras. Hacía semanas que no tenía nada interesante, hasta ahora. Sólo alguna ropa y comida que le habían dejado pasar. Le vino a la memoria ese día, posterior al interminable encierro... En un vehículo rústico militar, muy bien custodiado y con las respectivas esposas pasó al lado de ella. La medio vió, porque los ojos no le respondían bien, el sol le picaba y le hacía ver destellos por todos lados... Debía acostumbrarse, de nuevo, a la luz. Ella tenía la angustia reflejada en su rostro, al mismo tiempo que estallaba en llanto al verle y sonreía, haciéndole señas desesperada... Luego el traslado aquí, a la Cárcel Modelo, con los otros presos políticos.

Ella había caminado un largo trecho por la pica recién abierta, entre matorrales, en ese campo desolado. El sol apretaba fuerte y su marcha apurada llamó la atención de un capitán, que al reconocerla, se detuvo y la hizo subir al carro militar.

-No me reconoces?... Soy hermano de Alfonso Matos, amigo de tu hermano Héctor, del Prado... Este camino no es seguro, para que andes sola por estos lados... Sube, te llevo al cuartel.

Hablaron. Ella le comentó que él estaba desaparecido, incomunicado, no se sabía nada. Eran tiempos políticos difíciles. La represión era la orden del sistema de gobierno vigente. Fuentes de confianza le habían informado que se encontraba allí, en ese campo de concentración. Estaba desesperada, solicitó cooperación... Luego de conversar, el carro se detuvo, frente al edificio y ella entró para esperar tal y como le había indicado el militar.

Al rato, un guardia le hizo caminar rápido hasta el borde del camino y lo vio pasar. Tenía la cara roja, completamente picada de zancudos...y casi no podía abrir los ojos..., pero la reconoció!... No pudo aguantar el llanto de felicidad, de saberlo vivo y conciente... El jeep militar siguió su camino. Su mirada la acompañó hasta el cruce y tuvo que apresurar el paso y salir del campamento, obedeciendo.

El capitán la buscó, de nuevo, para trasladarla fuera del reducto. Le contó acerca de las torturas y de cómo no estaba acostumbrado a esos procedimientos, pero no podía rebelarse. De noche tenía pesadillas...

-Deja entrever un poco de sensibilidad, algunos tienen remordimientos-, pensó ella—. Hay esperanzas.

-Hace una semana tuve que enviar, a Caracas, una caja sellada, llena de manos de guerrilleros... ¡Fue una orden,...ya sabes, para lo de las huellas dactilares... para identificarlos!... Se les acusó de rebeldes, de haber organizado un frente,... se les encontró manuscritos, diarios de lucha y normas de explosivos. Pero, no te preocupes, voy a estar pendiente de tu marido. Además, no se tiene conocimiento de que haya participado en la lucha armada... Bueno, aunque eso no lo absuelve... Tranquila, no pongas esa cara, si observo algún movimiento de someterlo a torturas, inmediatamente me comunico para que te muevas. Denuncies a la prensa. Toma este número. Yo veré que hago por aquí. Salúdame a Héctor y a la vieja dales un abrazo de mi parte- comentó el capitán, antes de dejarla en la carretera para tomar el próximo autobús que la llevaría a la ciudad.

El preso, unos meses más tarde, se encontraba en la Cárcel Modelo con vida. Gracias a la presión ejercida en la Fiscalía, a las movilizaciones de los profesores y autoridades de la Universidad Central, quienes lo respetaban y apreciaban por su trayectoria en su labor docente. A la familia..., y a la prensa. Especialmente el diario El Clarín, órgano divulgativo de la época, solidario...

Y... a la llamada amiga del capitán... Del cual se supo, años después, que había sido recluido en una casa de reposo, completamente trastornado y loco... No logró asimilar la parte "sucia" de nuestra democracia.

8 de junio de 1999

El día del padre

-Era un hombre de una sola pieza—, contaba su primo Joselo, en el sepelio-. La pelona no se mete con los hombres buenos, como mi primo Joselito!. Vivió apegado a un ideal, sin traicionar sus principios.

A mediados de los años cuarenta la familia se muda a la capital, provenientes del llano adentro, para garantizar el estudio a los hijos. El abuelo José logró vender las tierras de su pertenencia en cuarenta mil bolívares, para la época, lo que constituía una gran suma y con ella, consigue estabilizarse en Caracas comprando la farmacia El Carmen en el Prado de Maria. Era de esos viejos llaneros eruditos respetado por todos los vecinos... en aquel pueblo caluroso del llano venezolano...y al cual acudían para cualquier emergencia... Sabía de leyes, cuentas y también realizaba visitas médicas. Llevaba una pequeña bodega y botica en Barbacoas, estado Aragua. A través de sus grandes libros, colmados de fórmulas y recetas, que revisaba y estudiaba, iba sacando a más de uno de apuros y también... del sueño eterno.

-Inventó una formula para el dolor de muelas—, contaba el hijo que llevaba su nombre, José Rafael y era el sexto,

de nueve hermanos. La fórmula fue patentada y era de uso común por aquellos tiempos.

Joselito, así le decían al hijo, de cariño y también para diferenciarlo del padre y del primo. De pequeño era flacucho y de orejas grandes. De mirada profunda e inteligente.

-Cuando niño, mi hijo, era muy enfermizo. Le dieron casi todas las eruptivas juntas y casi se me muere... Creímos que no se recuperaba. Sin embargo, por milagro o testarudez, se mantuvo con vida..., me relataba mi otra abuela Mercedes sobre mi padre, en la casa de los Rosales, de la avenida El Cortijo, muchos años mas tarde ya muerto el abuelo—. Joselito fue muy buen estudiante, tan bueno que, en el Liceo, cuando faltaban los maestros él los suplía... para los mas chicos... los de los primeros años. También trabajaba en la farmacia junto a su padre y hermanos. Llevaba la librería, en la calle real del Prado de María, donde devoraba libros de filosofía, sociología, política... Fue un muchacho muy rebelde, pero claro en sus convicciones. Las del compromiso y la justicia, tomando partido por los más débiles. Años más tarde, se comprometía también políticamente realizando grupos de estudio y fiel al lema "estudiar y luchar". «Que nos impongan la manera de vestir pero no la manera de pensar», decía tu padre...

No advertimos el amanecer, dormíamos en el carro mientras mi madre conducía desde hace algunas horas, por la carretera estrecha, sin luces, rumbo a Maturín, para llegar

pronto a la hora prevista. Ya que solo teníamos dos días: el sábado a las 9 am. y el domingo a las 11 am. Deseábamos aprovechar cada minuto del tiempo que se nos concedía. Todavía enmonados y con las caras lagañosas descubrimos la brisa ligera de la mañana, en plena ciudad. Maturín realmente era agradable, con buen clima y verdor, salvo por las tardes lluviosas, aunque no ese día. Rápidamente, pasamos unos instantes por la casa del Gato, así le llamaban a un amigo de la familia, por sus grandes ojos verdes y rasgados. Con una mezcla de nervios y euforia nos bañamos y nos alistamos con ropa de estreno... Estábamos muy emocionados y faltaba todavía un pequeño trayecto para llegar al lugar.

La entrada, a diferencia de la ciudad que habíamos dejado atrás, se presentaba desolada, árida, desprovista de árboles. El sol se afincaba sobre nuestras cabezas mientras caminábamos por un sendero amarillento, de tierra seca, durante una media hora. El carro quedó afuera en un estacionamiento, al aire libre. Mi madre nos tomó a cada uno por un brazo y avanzamos. Ella llevaba también la mochila, al hombro, con las compras, los regalos y el almuerzo.

Le habían informado a mi madre que finalmente él había aparecido en ese sitio: "Cachipo". Luego de muchos comunicados a la prensa... y movilizaciones de todo tipo..., del Rectorado y la Facultad de Humanidades. De los profesores solidarios reclamando por su vida ya que era respetado, admirado y querido en su recinto.

Además de Cachipo, acostumbraban enviarlos a Las Brisas, a La Pica y al Cuartel San Carlos. Sin embargo, cuando los desaparecían Cachipo y Los TO eran frecuentes.

Al final del camino unos guardias, apostados a los lados, fusil en mano, custodiaban un pequeño edificio viejo, color tierra, como todo allí... Tierra, las caras de los guardias, tierra... las pocas matas, los muebles dentro... y las manos de los que manipulaban la cédula..., dándole vueltas y vueltas, a ver si descubrían algo... y mirando fijamente, con sus ojos amarillo polvo, antes de dar el pase de entrada. En esta oportunidad no había cola, como cuando los tíos... Tal vez porque fuimos los últimos y llegamos justo, no recuerdo bien, yo tenía siete u ocho años creo... y mi hermano unos cuatro.... Al salir del edificio nos trasladaron hacia un inmenso patio, donde se celebraba una comilona, con mesas y sillas vestidas. Un mesón largo con el Buffet y las bebidas... Un conjunto típico, alegraba el momento, con música de baile. Miré hacia todos lados buscándolo, pero no lo vi. De pronto, sentí un pequeño temor, que me aflojó una lágrima y resbaló haciendo un surco en mi rostro. Mi madre nos tranquilizó.

-Lo veremos, es seguro. Tenemos la orden y avisaron desde Caracas.

Un militar, con muchas insignias y de rostro fuerte, de apellido Pedrique Roa, le hizo señas a mi madre para que se acercara, sin nosotros... Nos quedamos esperando. Mien-

tras ella se dirigía a hablarle. No supimos que le dijo. Solo alcanzamos a oír cuando le reclamaba...

-Tenga piedad, es el día del padre. Usted también lo es y está celebrando con sus hijos en esta fiesta... Aquí están mis niños que quieren ver a su papá. Tenemos mucho tiempo sin saber absolutamente nada de él... Ahora conocemos que está con vida. Aquí..., en Cachipo, en este campamento militar, donde ustedes trasladan a los presos políticos. Venimos de lejos, tenemos la autorización firmada... por el teniente coronel Pasolini, de la quinta división de infantería. Él nos envió con usted, para que nos deje verlo... Por sus hijos, tenga compasión...

Nos dimos cuenta y empezamos a llorar... Mi madre seguía repitiendo lo mismo y volteaba a vernos, preocupada... El militar la manda a callar. Ella le toma el brazo... De un empujón, el hombre sacude a mi madre... Y de su boca negra salen improperios no olvidados. Con la caída al suelo, también rueda la mochila con los regalos..., la comida se desparrama. Unos perros escuálidos se aprestan a comer... Corrimos y ayudamos a levantarla. Apresurados salimos. Al voltear atrás, el hombre, con su mujer e hijos muy risueños, bailaba y celebraba su día.

13 de mayo de 2002

El Cumpleaños

De nuevo el recorrido por el pasillo oscuro y al final la cola larga y pesada de madres, hijas, esposas, hermanas, tías, sobrinas, abuelas.... ¡Mujeres!, con sus chiquitos algunas, prestas a esperar lo que fuese por poder verlos. Muchas venían desde lejos, desde otros pueblos a la gran capital, Caracas. Tomando uno y otro autobús, hasta enfilarse por la avenida Urdaneta, subiendo y tropezarse con la calle que viene del Congreso Nacional. Seguir la derechito, hasta pasar el puente del Cuño, y a la derecha se agarraba una calle estrecha que las llevaría al Cuartel San Carlos. En dirección norte-sur, del lado izquierdo, imponente se vislumbraba el Panteón Nacional.

Después de pasar la sala de espera, venía otra cola para terminar en la requisa. Igual que en los otros centros de “represión” política, los guardias ojerosos manoseaban la cédula de lado y lado, fisgoneando con sus ojos amarillos muertos, el rostro de cada mujer o visitante. Asentaban con la cabeza, entregaban un número y entraban los familiares para ser revisados “minuciosamente”, en zonas inimaginables, antes de iniciar la visita. Los niños esperaban aparte la requisa de los “grandes”.

Ese día era especial. Mamá llevaba una torta, gelatina, dulces, bebidas, platos y cucharillas. Al llegar al patio, entramos en tropel corriendo y haciendo bulla para luego, saltarle encima a mi padre querido mientras nos abrazaba... Allí estaban los hijos de Duno, los de Cabeza, los de Martín, los sobrinos de Palacios, los niños de Muñoz... En fin muchos amigos. Jugábamos a la ere, al escondite y a cuanto juego se inventaba. Estaba ansiosa porque llegara la hora. Al fin, colocaron la torta en el centro de la mesa con todo lo que se había traído. Todos los presentes, amigos, presos y demás familiares rodearon la mesa. Empezaron emocionados a cantar cumpleaños feliz... y cuando llegaron justo al momento de nombrarme, un nudo enorme se atrapó en mi garganta... y desaparecí....

El padre dijo que su chiquita era muy sensible y tal vez estaba muy emocionada. Tal vez...

La Rueda de la Fortuna

El helicóptero tipo alouette, turbo hélice, daba vueltas encima de nosotros y hacía un ruido infernal. Provocaba gritar hasta desfallecer, sin embargo, permanecíamos agachados, mudos en el suelo con los rostros ocultos. Sosteniendo la respiración como si el helicóptero fuese un enorme animal que habiendo olfateado la presa estaba presto a engullirla. Era pleno verano cerca de la costa y el sol quemaba nuestros cuellos. El cielo azul límpidamente claro dejaba atisbar la silueta de las estelas del artefacto, permaneciendo grabadas en la cabeza... La vegetación era solo arbustos, cafetales, propia de la zona y se bamboleaba, de un lado a otro, por la brisa provocada... Volvió una y otra vez. Una ráfaga de ametralladora pasó al ras de nuestras sienes... Éramos unos ochenta. El helicóptero de ametralladora Punto 50, artillado, trataba de localizarnos en vano. Mucho más lejos, oímos el tiroteo que hizo mella en unas cuantas casas de bahareque ya abandonadas por los campesinos y que nos servían de refugio. El tiempo se hizo infinitamente largo. Un estruendo abominable nos sacó de nuestra inmovilidad. Levantamos las cabezas... El helicóptero se había estrellado, justo en la parte baja del pequeño valle aledaño... Nos habíamos salvado!.

Corría el año 1967 y los periódicos del momento, anunciaron lo acontecido:

« (...) Una baja de presión, un vacío, había atrapado un helicóptero de las Fuerzas Armadas Venezolanas descontrolándolo y desbaratándose contra la montaña. En el aparato iba el general Pedrique Roa, que en un “ejercicio militar”, perdía la vida».

Darío también recordó asombrado el episodio de su hermana y los niños...

-Uno nunca sabe las vueltas que da la vida...

El grupo guerrillero Salvador de la Plaza pudo guarecerse en las casas de los pobladores de la zona, los cuales solidariamente les brindaron techo y comida. Lo demás..., ¡es historia!.

7 de agosto de 2002

Epílogo

¡Cae un palo de agua!... La memoria juega malas pasadas... Los tíos... y las prisiones... La Isla de Tacarigua, donde visitamos al tío Augusto... y corríamos Rafael y yo a tirarle caraotas pintonas que soltaban los árboles a los guardias. Y salir corriendo gritando:

-¡Policía, policía, caraota fría!...

El cuadro que pintó el camarada Pazarini, como le decía mamá,... a lápiz y no me gustó, porque fue justo el de la foto que aparezco con la pollina trasquilada... Al cuadro se le quebró el vidrio y nos acompaña en el pasillo, debajo de la escalera de la casa de los Pinos... Y el piano... que mi padre lo obtuvo, cambiándolo por el mercedes blanco, para regalárselo a mi hermano el día de su cumpleaños. Y dijo una vez en una entrevista:

-Lo más cercano a la felicidad? Cuando disfruto, en mi chinchorro, oyendo al hijo tocar el piano!...

Me asaltan de nuevo los recuerdos... Y sin saber, la chiquita que abre la puerta de la casa grande de Vista Alegre...y rápidamente la empuja fuerte para que no

entren!... E irrumpen..., encañonando sus armas que parecen de juguete, con sus caras traicioneras... de gente fea!... Luego, la madre... por allí haciendo señas... Y le preguntan los tipejos, con revólveres en cinto, a la niña de bucles negros y coletas rojas:

----Niña, dime ¿cómo se llama esa señora?... Esa, es tu mamá, ¿verdad? ¿Quién es? — y ella responde, con sus seis añitos:

-Se llama Carmen... la que me baña y me lleva al colegio, la señora de servicio pues...—, dice muy seria, apretando duro con su manita la mano de la abuela...

Vuelve oportuna otra memoria... para que no la olviden...

-Y una silla de niño, de esas que se colocan en los carros en el asiento derecho delantero, amanece agujereada con balas calibre 38, al igual que el auto de mi padre... Dijeron los malditos que llevaba la maleta "full" de armas y material subversivo...

La niña sabía que solo habían teteros y pañales de su hermano porque a los siete años era bastante despierta... y los libros de filosofía, cuadernos de clase, zapatitos de niño, juguetes!...

-Menos mal, que mi hermano vomitó... y mi madre tomándolo en sus brazos se lo llevó adentro de la casa para cambiarlo y se quedó.

Vivíamos en la casa amarilla de los Dos Caminos donde teníamos pollos y gallinas en el patio. Mamá decía que quería huevos frescos para sus niños. Todos los días recogíamos los huevos... Tremendo alboroto y que gozo. Las gallinas perturbadas cacareaban y mi hermano corría tras ellas para tratar de atraparlas...

-Entonces, se lo llevaron y lo desaparecieron... a mi papi!... El carro apareció botado por una calle de los Palos Grandes lleno de agujeros..., me cuenta mi mamá— repite la pequeña. Adiós a las lecturas de cuento y a las canciones para dormir....del padre. Y a jugar en el patio con ella y su hermanito...

-Muñequita linda, de cabellos de oro, de dientes de perla, labios de rubí... dime que quieres como yo te quiero... que de mi te acuerdas como yo de ti!-, entona recordando la mujer blanca, de cabellos negros, sentada en el banco de la funeraria... Una lágrima gruesa baña su rostro joven... Y de nuevo... una chiquita de dos añitos se le escabulle en su mente e intenta desesperadamente ver a su padre!... La madre la pasa con cuidado a través de los barrotes de la cárcel Modelo... Al fin el padre querido, de tanto tiempo sin verla, la alza en brazos y la besa... A lo lejos se oye la canción de los presos...

Una mañana de sol radiante..., Ay Bella Chao!... Bella Chao!... Chao... Chao. Y cantan Bella Chao!... en la Plaza del Rectorado, desfilan los estudiantes y los profesores de la UCV... honrando al estimado profesor. La mujer joven,

de cabellos negros, encabeza la marcha fúnebre llevando la corona blanca en sus manos... El hijo se balancea lentamente cargando la urna en sus hombros a la par de otros familiares y amigos... Sus voces se alzan fuertes y claras... para que oiga el mundo...

-Llueve a cántaros... la tierra esta llorando y el cielo dispara sus truenos de disgusto... ¡Hoy es martes trece de octubre de 1998... y mi padre esta muerto!— murmura y repite, en sus adentros, sentada en el banco... la mujer.

22 de junio de 1999



Otros relatos

Sebastián

— Uno, dos, tres días... falta— acostado mirando el techo, murmura Sebastián.

Siempre es lo mismo. Se siente preso de ese desasosiego que le ocupa el cuerpo..., varios minutos al día; para retornar una y otra vez. El pensamiento acerca de la existencia, que transcurre sin parar rutinariamente, apretado. Y no pasa nada.

Antes los años sucedían a paso pausado, mostrando un camino exuberante, desconocido hacia el porvenir. Simplemente uno no se detenía a pensar. Es ahora que se piensa y se toma conciencia... Cuando los años transcurren vertiginosamente hacia el ocaso... como dice Sabato en algunos de sus libros, no recuerdo cual...

Tiempo hace que el sabor del transcurrir se fue apagando, las ganas permaneciendo quietas y las emociones reprimidas, lentas. Acostumbrándose a este presente sin respuesta. Al mundo que se mediatiza y parece volverse menos humano. Indiferente, gris, apático, aceptando sin chistar la parodia de cada día. La ciudad de concreto con su casco de humo negro es un caos... y, sólo a 60 Km, un trozo de

mar sorprende para alimentar el espíritu. El reloj controla nuestras vidas y las sonrisas nos roban minutos imprescindibles. El espacio y las horas nutridas con los amigos se han difuminado y el tren de la cotidianidad hostiga nuestras vidas.

Levantarse temprano, tomar el carro para cumplir la faena laboral. Comer apresuradamente..., una sola hora para almorzar y regresar. Luego, otra vez, el tráfico característico de las grandes ciudades, de las siete, a la salida. Y arribar al hogar a eso de las 9 pm... Tomar un baño, cenar algo... y toparse con el sueño, para reiniciar y repetirse uno al día siguiente. A veces unos tragos con los amigos en la Candelaria, cerca de la esquina de Urapal, en la Tasca la Carabela en pleno centro de la ciudad... Y los fines de semana visitar a la vieja..., recreándose con sus platillos, que saben a tradición y rememoran los años mozos.

Esta vez, ¡cayó un día jueves! El año que viene será un día viernes y yacerá como todos los viernes... Luego, un sábado para que el otro año ocurra domingo. Y cada año tomará un día distinto, sin poder detenerlo... sucederá un lunes, un martes...hasta llegar a otro quince, siendo un jueves... Continuará transcurriendo el tiempo repitiéndose el quince de julio en cada día de semana y la misma desesperanza... de querer ignorarlo... Que pase desapercibido por debajo de la mesa sin torta ni velas. Sin embargo, llamaran los amigos y la vieja!.... Una pizca de entusiasmo, solo eso.

— Uno, dos, tres... faltan—. Hasta que llegue el momento en que ya no esté...y el quince de julio seguirá ocurriendo y apropiándose de los días, sin saltarse ni repetirse ninguno, minuciosamente, salvo los magos bisiestos. Viernes, luego el sábado... y el domingo..., el lunes, el martes...., hasta llegar de nuevo el jueves y habrán pasado siete años. Los amigos recordarán, se echaran unos tragos en mi nombre, contarán anécdotas compartidas. Tal vez alguno me hará una misa, como el viejo Clemente que religiosamente todos los años, en la iglesia Don Bosco de Altamira, le celebra una misa a su entrañable amigo...

Viernes, luego el sábado... y el domingo..., el lunes, el martes...., hasta llegar de nuevo el jueves y habrán pasado otros siete años. Y el no puede parar...

El estómago se le contraía y pedía a gritos que hiciera algo para impedir ese vacío, esa ansiedad que lo inflaba y lo mantenía, justo a punto de estallar, pero no estallaba. A veces como fugitivas a la luz le corrían sensaciones de temores indescriptibles hacia fuera, escapando. Disminuyendo el peso y a la vez el volumen.

— El estómago se me volvía a contraer y retorcer creando dentro un fantasma de repulsión hacia todo lo exterior, lo vivo, lo que hacía que se apoderara de mi una sensación de desvarío..., y me recubriera de papel celofán como los muñecos que permanecen quietos esperando ser tomados.

Todo eso en un segundo en menos, tal vez con tanta fuerza, que su estela continuó haciendo estragos...

Acabó un día más en la ciudad, algo irrecuperable que lo acercaba más a su propia muerte... Se fuma un puro y mira detenidamente el humo que escapa por la ventanilla entre las persianas semi-cerradas, dejando el cuarto entre penumbras. Siempre es igual... le toma dos o tres días anteriores y la misma fecha de su cumpleaños, ese pensamiento pegadizo, esa repulsión reincidente... que no pretende apartarse. Hasta que irremediablemente, aparezca ella con su rostro hueco y opaco para emprender la marcha sin retorno!.

— ¿Y entonces, para qué? — piensa Sebastián, parafraseando a Sabato.

Y comparecerá un quince de julio, de quien sabe que día..., que nada tendrá que ver con Sebastián. Y nadie, en este pedazo de tierra, de esta ciudad sin nombre, como tantas otras, sabrá que existió...

26 de agosto de 2001

La despedida

Lo veían pasar de vez en cuando por la zona. Le gustaba entrar al café y tomarse un trago de caipiriña². Siempre vestía y portaba un capuchón negro, que no le dejaba ver el rostro. Hablaba poco... Permanecía, al final de la tarde, algunas horas, sentado solo en una de las mesas del fondo para partir cuando caía la noche. Su presencia era cíclica. Desaparecía por un tiempo y volvía asiduamente, por un período, para desaparecer de nuevo. Nadie le había visto completamente el rostro. Comentaban que lo tenía desfigurado y que sus ojos permanecían inyectados de sangre... Habladurías. Otros decían que no estaba en sus cabales...Se oían muchas cosas extrañas, acerca de Enrique.

El sol penetraba por una de las ventanas y le hacía cerrar los ojos una y otra vez. Ella sentada enfrente lo miraba y escuchaba, pero al mismo tiempo parecía escrutarlo en cada gesto y palabra. Era un café estrecho, lleno de gente, humo y bulla, apostado en la esquina de la rua Ferreira, en un barrio de Río de Janeiro. Eran como la 12.30 pm. Hora del almuerzo. El sitio estaba repleto, había gente parada en la barra comiendo el plato típico: feijoada - frijoles con carne de cerdo -. El gentío fumaba

² Bebida alcohólica típica de Brasil

formando una cortina de humo gris tenue, dificultando distinguir los rostros. Por un costado de la ventana, cerca de donde estaba sentada, se colaba un halo de luz que se reflejaba en el suelo. Pudo ver sus sandalias de cuero tejidas y su pulcritud en los pies. Él se alegraba de verla y estaba sorprendido al mismo tiempo. Su visita inesperada, porque siempre pensó que ella no se atrevería a venir, lo "sacudió".

Hablaba sin parar un poco nervioso, sobre su vida en Río, la universidad, los estudios....

Mientras lo escuchaba, ella regresó tiempo atrás. Lo intensamente vivido, aún dejaba huella... Recordó lo que él le escribió una vez:

-Me asusta la intensidad de lo que podamos sentir y es que somos como dos personajes extraídos de una novela del Gabo, de un pueblo en medio de la nada, polvoriento, donde el amor se hace en chinchorro y las moscas se matan con la lengua contra la piel sudorosa del otro; mientras la vida nos mece suavemente y nos atrapa, en una cadencia sin fin que solo puede ser quebrantada cuando tenemos que separarnos.

Lo compartido, tan profundamente... hasta las entrañas, se había roto. Nunca entendió. Recordó su última respuesta, en una carta sin nombre, que quien sabe si llegó a su destino. Ella había recurrido a Cortázar, ya que sus palabras se habían gastado ante su partida sin excusa, hace ya

mucho tiempo. La voz de él, discurrendo banalidades se fue perdiendo... Sin embargo, el tema acerca de su amigo Enrique, la trajo de vuelta.

-Si, quería contarte...- le comentó. -Este amigo mío, Enrique, está mal... Pero tal vez puedas ayudarlo, por tu conocimiento en estos casos. Aquí lo conocen, puedes preguntar. Frecuenta este sitio... de vez en cuando. Está realmente deshecho. La droga lo consume... Su temperamento obstinado y arriesgado, en lugar de ayudarlo, lo perjudica. Padece un gran vacío emocional y las ansias de experimentarlo todo lo han llevado a experiencias extremas e incontrolables...

Se imaginó al amigo. Desgarbado, desaliñado..., tal vez desfigurado el rostro por el accidente que él le contaba, con el cuerpo picoteado de agujas de jeringas cargadas de muerte. Un sopor invadió su cabeza..., y aún cuando continuaba mostrando atención, la voz se escuchaba lejana... Prediciendo de antemano lo que oía, adivinando lo que se avecinaba...

Súbitamente, como en un sueño se vió transportada... Dejo de oírlo, pues ya no lo necesitaba estaba dentro de la narración... Incluso, en ese preciso instante, iba más rápido que lo que él le relataba...La voz quedó atrás...

Se sorprendió presenciándolo todo. Era como ver una película, pero tampoco. Estaba detrás de Enrique, muy cerca... El tipo corría a lo largo de la playa... Había luna llena

y se proyectaba en el mar, dando un poco de claridad a la noche. Grupos de jóvenes estaban sentados alrededor de las fogatas. Algunos solo cantaban y conversaban. Otros, más lejos y a oscuras, fumaban, se pasaban un pase y... Enrique se acercaba a los grupos, se metía lo suyo... Iba, se revolcaba en el arenal con alguna mulata embaucada y continuaba su travesía... Otra fogata de las suyas... otro pase, una revolcada en la arena..., una jeringa, y seguía corriendo. Su voz se escuchaba ronca y reía a carcajadas... Ella se encontró sintiendo lo que él sentía... Como si estuviera dentro de él. No tenía noción del tiempo... Un sudor frío empezó a recorrerle la espalda. Y unos temblores intensos la sacudieron. Vislumbró lo que podía venir... No quería continuar... De improviso, el volteó y la vió. Estaba allí, parada enfrente... Sorprendida... Escalofríos en el estomago le dieron ganas de vomitar y el miedo invadió su cuerpo. Empezó a correr. La perseguía y ella corría y corría... desesperada. Sintió su aliento caliente y jadeante en su nuca... y icerró los ojos!.

Se encontró de vuelta en el café con los ojos aún apretados. Sintió su mirada fuerte que le quemaba el rostro. Supo que era él... Por eso permaneció sin abrirlos... El también supo que ella ya sabía...

Mirándola por última vez, se colocó su capuchón negro sobre la cabeza y se levantó de la mesa, retirándose del lugar...

Ella, al abrir los ojos percibiendo que ya se había ido, contempló su silueta alejarse al compás de su paso apurado... La tristeza le ocupó la tarde... En el mantel de papel se hallaban unas letras de despedida³:

*Viéndote a los ojos
de mirada clara y transparente,
sintiendo a veces que no soy yo
Porque me pierdo en ellos...
Es delicioso, la sensación...
Porque soy hombre gastado
Porque tengo hambre de ti
Porque soy un animal cansado...*

*porque...
no sé porque más...
No creo en miradas turbias,
Solo creo en playas rocosas, de rocas blancas
Amistosas, que son mis compañeras de existencia,
en las cuales me siento y concluyo que...
No me gustan los ojos cerrados
Sino los ojos
de mirada clara y transparente... Ahhh.....*

Febrero 2007

³Esta poesía fue escrita por un amigo, Miguel. No es original del autor.

Contenido

Presentación FEI.....	5
Dedicatoria.....	9
Prefacio.....	11
Algunas palabras.....	13

PARTE I Cuentos de niña

SMOLEN y el papelito.....	19
LA ISLA y el segundo papelito.....	25
El niño Jesús no viene del cielo y.....	31
Tío Héctor.....	39

1962: El preso.....	43
El día del padre.....	47
El Cumpleaños.....	53
La Rueda de la Fortuna.....	55
Epílogo.....	57

PARTE II

Otros relatos

Sebastián.....	63
La despedida.....	67

Esta edición de 5.000 ejemplares
se imprimió durante el mes de octubre
del año 2012, en el Taller
Impresos Carlha Scarleth, C.A.
en Caracas, Venezuela



La autora

*“Podrán cortar
todas las flores,
pero nunca
detendrán
la primavera”*

Pablo Neruda

Mariana Núñez Vargas

Desde muy pequeña tuvo mucho gusto por la lectura, su mayor placer era tener un libro entre las manos y devoraba con rapidez muchos cuentos infantiles y luego, otros más complejos como La Cabaña del Tío Tom o el Diario de Ana Frank, Ben Hur, Ivanhoe El Cruzado, Espartaco, Josue El Guerrero Judío de Howard Fast o Sacco y Vanzetti. Siempre guiada por la mano de su padre que le iba pasando cada uno... Después, las novelas de García Márquez: Cien Años de Soledad, Los Funerales de Mama Grande...y otros, como: Demian de H. Hesse o Los Buddenbrook de Mann, o Crimen y Castigo, de Dostoyevski, La Madre de Gorki y Werther de Goethe..., hasta llenarse la cabeza con los clásicos rusos, mezclados con los de Rómulo Gallegos, Doña Bárbara, Canaima...y algunos más poéticos, como Platero y Yo; o políticos: El mundo es Ancho y Ajeno de Ciro Alegría o El señor Presidente de Asturias, para rematar con el brasileiro Jorge Amado y sus Capitanes de la Arenall. Asimismo, su sensibilidad y curiosidad la condujeron a preferir, como juegos, los títeres creados por ella con todo y guión... y sus pininos ensayando pequeñas obras de teatro, con sus amigos Tío Conejo y Tío Tigre, y garabateando cuentos y poesías que quedaron olvidados en los cajones de su niñez.

Nacida en Caracas.

Ingeniero hidráulico, DEA , MPA. Profesor UCV.



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME

**DISTRIBUCIÓN
GRATUITA**
PROHIBIDA SU VENTA